

REHENES EN LA CARRETERA

Chevy Stevens

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÓTUS

CAPÍTULO 1

ALICE

5 de julio de 1976

LA PRIMERA VEZ QUE ALICE los vio, iban juntos por el estrecho camino de grava que conducía al parque de casas rodantes y la zona de acampe. Un muchacho y una chica, caminando lado a lado con paso lento y perezoso; él, con el brazo sobre los hombros de ella, y ella, con la mano metida en el bolsillo de los pantalones acampanados de él. La mochila de estilo militar que llevaba él parecía pesada: las costuras estaban a punto de reventar y atado a la parte inferior colgaba un saco de dormir naranja. La mochila de la chica era más pequeña, pero iba igual de llena; un saco de dormir verde colgaba sobre sus caderas. Debajo asomaban unos pantalones cortos color granate.

Tom redujo la velocidad de la casa rodante Winnebago para dejarles espacio. El muchacho se volvió: llevaba gafas de sol cuadradas, el pelo castaño hasta los hombros y una camiseta azul sin mangas, con la inscripción “A seguir rodando”.

Él atrajo a la chica hacia sí para protegerla de la ráfaga de aire caliente y del polvo que levantaba el vehículo. Alice

alcanzó a ver la cabeza inclinada de la joven, su cabello rubio pálido revuelto por el viento. La observó por el espejo retrovisor hasta que doblaron la curva y desaparecieron, pero la chica no levantó la vista en ningún momento.

La oficina del campamento era una pintoresca cabaña de troncos, rodeada de piedras de río y coronada por una bandera canadiense en la que la hoja de arce roja se destacaba sobre el fondo blanco. Alice bajó de la casa rodante, bostezando, y subió los escalones de la oficina detrás de Tom. Él se encargó de completar el registro mientras ella revisaba sin mucho entusiasmo un exhibidor de postales. Parpadeó para despabilarse; lamentaba haberse acostado tarde, pero ese Cuatro de Julio había sido importante y, por lo visto, todo Seattle había pensado lo mismo. La costa estaba repleta de gente disfrutando de los fuegos artificiales del Bicentenario.

Mientras Tom conversaba con el encargado del campamento, Alice se puso a hojear un expositor de folletos y leyó uno con advertencias sobre osos y consejos para guardar los alimentos de manera segura.

—Estamos en carretera desde el amanecer; cruzamos la frontera por Blaine, en el estado de Washington. ¿Has estado allí alguna vez? —Alice no escuchó la respuesta del hombre; se acercó a los estantes con artículos para campamento. Contenedores amarillos de plástico para huevos. Varillas metálicas para asar malvaviscos y salchichas. Repelente de insectos. Velas de citronela. Le llegaban fragmentos de la conversación entre los hombres. La voz grave de Tom.

—Paramos en Vancouver para almorzar y pasamos por el Stanley Park. Caminamos un tramo junto al malecón. ¡Qué vistas preciosas de la ciudad!

—¿Es la primera vez que vienen a Hope?

—Así es.

Tras conversar unos minutos sobre el pequeño pueblo, el encargado desplegó un mapa del camping y señaló con el

dedo la parcela asignada. Los baños con duchas. El montón de leña. El ancho río, cuya corriente, advirtió, era demasiado fuerte para nadar. Una lástima en un día de tanto calor.

Tom le agradeció y se volvió hacia Alice:

—¿Lista?

Ella asintió.

Avanzaron despacio por el camping, que estaba dividido en dos zonas: una cerca del río y otra entre los árboles. Dondequiera que miraba había tiendas, casas rodantes, furgonetas con las puertas laterales abiertas, música, toallas colgadas para secar. Un perro ladró cuando pasaron cerca.

La parcela que les habían asignado estaba rodeada de abetos altos. Tom frunció levemente el ceño mientras maniobraba la casa rodante para aparcar. Alice intentó guiarlo, pero ambos hicieron una mueca de preocupación cuando una rama rozó el costado del vehículo.

—Perdona —dijo ella—. No la vi.

—No pasa nada. Es normal que termine con un par de rayones. —Tom sonrió, aunque ella percibió la decepción en su voz, una ligera nota de fastidio.

—No pasa nada si te enfadas. No voy a quebrarme.

Él la miró a los ojos y enseguida apartó la vista. Alice sintió calor en el rostro. Ambos tenían plena conciencia de lo cerca que había estado de quebrarse en el último año. Guardó silencio mientras Tom terminaba de aparcar.

Sacaron las sillas plegables de aluminio y Alice extendió el mantel de plástico sobre la mesa de picnic, alisando los dobleces. El estampado de amapolas amarillas y rojas se veía alegre junto a los platos verdes de campamento que había comprado por catálogo en la tienda Montgomery Ward.

Tom sirvió vino para ambos.

—¿Brindamos por nuestra primera noche?

—Mejor por todas las aventuras que nos esperan.

Chocaron los vasos de plástico y Alice dio un trago

pequeño. Hacía meses que no bebía; un poco más y se pondría sentimental.

Tom colocó ramas secas y hojas de periódico en un montón ordenado en el centro del fogón y se inclinó para soplar las brasas. Todavía no había oscurecido; los días de verano eran largos, pero resultaba agradable mirar el parpadeo de las llamas. Se sentó junto a Alice y la tomó de la mano. Entrelazaron los dedos y tomaron tragos de vino; se oían las voces de otros campistas, el crujido ocasional de pasos sobre la grava; los pájaros trinaban suavemente mientras se acomodaban para pasar la noche.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —preguntó Alice.

Tom se volvió hacia ella y levantó una ceja.

—¿Ya te aburríste de mí?

—En absoluto. —Intentó tranquilizarlo con una sonrisa.

Ese viaje era importante. Una especie de tregua. Tom había comprado la gran casa rodante Winnebago Chieftain con una franja deportiva en tonos naranja y café a ambos lados. A Alice le encantaba el pequeño comedor con los asientos tapizados en flores verdes y la mesa que se convertía en una cama adicional; la alfombra peluda y mullida, los paneles de madera, el refrigerador y la estufa diminutos, e incluso el retrete que se vaciaba al presionar un pedal. El sofá del extremo se convertía en una cama matrimonial y arriba tenía compartimientos para guardar toda la ropa. Hasta contaba con una cortina para mayor privacidad. Tom le aseguró que podían pagar las cuotas y le recordó que el médico había dicho que ella necesitaba relajarse.

Alice hizo girar el vino en la copa, decidida a ser diferente en este viaje. Volvería a ser divertida. Solo necesitaba unos minutos para recomponerse. El vino había sido un error.

—Podemos jugar al Uno —propuso Tom.

—¿Después de cenar? Quiero darme una ducha. Estoy toda pegajosa.

—¿Quieres que te acompañe hasta allí?

—No hace falta. —Le dio una palmadita en el hombro. “¿Ves? Estoy muy bien”.

El baño olía a moho, el suelo de cemento estaba áspero por la arena, y las duchas, llenas de envases vacíos de champú y restos de jabón. Alice apartó con el pie la cortina de plástico que se le pegaba a las piernas y deseó poder ducharse en la casa rodante, pero Tom prefería que usaran las instalaciones del campamento para no tener que vaciar los tanques todos los días. Se colocó la gorra de baño y se lavó rápidamente bajo el chorro tibio.

Ya se había secado y vestido con ropa limpia, y se disponía a recoger sus pertenencias cuando escuchó el plap-plap de unas sandalias. Salió de la zona de las duchas y se sorprendió al ver junto al lavabo a la chica rubia; la muchacha dio un respingo y se volvió de golpe.

—Perdona —dijo Alice—. No quise asustarte.

—Está bien. —La chica dobló un trozo de toalla de papel y se inclinó para envolver con él la correa delantera de su sandalia. Hizo una mueca de dolor—: Ampollas. Olvidé empa-car apósitos.

—Tenemos un botiquín en la casa rodante. Si quieres, puedes pasar por allí.

La chica se irguió y se mordió el labio, evaluando la invitación. De grandes ojos azules y facciones delicadas, casi de muñeca, parecía demasiado delgada para la blusa blanca estilo *baby doll* que vestía, que se inflaba en torno a su cintura.

—Eres muy amable, pero debería preguntarle a mi novio.

Alice esperó mientras la muchacha se cepillaba el cabello y se aplicaba brillo labial. Luego guardó todo en un colorido bolso multicolor hecho de cuadrados tejidos al crochet, lo metió en su mochila, que estaba apoyada contra la pared, y se la colgó de los hombros.

Cuando salieron, el muchacho esperaba afuera, con los brazos cruzados sobre el pecho, las gafas de sol subidas a la cabeza y la mochila a sus pies. Un cinturón de macramé le sostenía los jeans sobre las caderas estrechas.

Entornó los ojos oscuros al ver a Alice y a la chica.

—¿Todo bien, amor?

—Ajá. —Lo tomó del brazo—. Esta señora tiene apósitos. Alice le tendió la mano.

—Soy Alice Bell.

La chica fue la primera en estrechársela.

—Me llamo Azul. Y él es Río.

Alice disimuló una sonrisa. “Hippies”, pensó. Quizás iban camino a trabajar en alguna granja durante el verano o a un festival de música. Le tendió la mano al chico: cálida y áspera por los callos. Tenía los nudillos marcados y duros. Él retiró la mano y la metió en el bolsillo delantero del pantalón.

—¿Quieren que vayamos a buscar los apósitos? —preguntó Alice—. No estamos lejos.

Azul miró al chico, que asintió con un leve movimiento. Caminó junto a Alice, y su novio las siguió. Intercambiaron comentarios triviales sobre el clima y el hermoso entorno del campamento, los senderos cubiertos de musgo. Azul hablaba con voz algo ronca; su acento canadiense alargaba las vocales y levantaba el final de las frases, lo que a Alice le pareció encantador.

Una joven con camiseta con tirantes y pantalones cortos caminaba hacia ellas. Se detuvo a recoger unas flores silvestres y añadió unas hojas de helecho para armar un ramillete. Cuando vio a Río detrás de ellas, le dedicó una sonrisa coqueta y saludó con voz dulce:

—¡Hola!

Azul se volvió y frunció el ceño, aunque no tenía de qué preocuparse. Río ignoró a la muchacha y se adelantó para ubicarse al otro lado de ella y pasarle un brazo bronceado

sobre los hombros. Alice apartó la vista cuando lo vio inclinarse a susurrarle algo al oído.

Al llegar al campamento, encontraron a Tom sentado junto al fuego. Se puso de pie al verlos, con el ceño fruncido y una sonrisa curiosa asomándole en las comisuras de los labios. Cruzó una mirada con Alice.

—Encontré a unos amigos que necesitan un botiquín. —Se volvió hacia la pareja—. Él es mi esposo, Tom. Les buscaré los apósitos.

Cuando salió de la casa rodante, estaban sentados a la mesa de picnic, bebiendo refrescos. Azul curaba sus pies mientras Tom trataba de entablar conversación con Río, aunque las respuestas del muchacho eran breves. Era oriundo de un pequeño pueblo del norte de la Columbia Británica; trabajaba en una ferretería, estaban de vacaciones y querían conocer un poco más del país antes de sentar cabeza.

—¿Viajan haciendo autostop? —preguntó Tom.

—Sí.

—Espero que se mantengan en contacto con sus familias —dijo Tom.

Río miró a Azul, que parecía angustiada. Parpadeó varias veces, al borde de las lágrimas. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Mi padre es un borracho, mi madre se largó de casa y los padres de Azul han muerto.

Tom bajó la botella y se quedó mirándolos con expresión horrorizada.

—Lo lamento.

—No pasa nada. Nos tenemos el uno al otro —respondió Río, irguiendo la barbilla. Azul lo miró con ternura. Él le besó la frente—. Pronto seremos tres.

Al principio, Alice no comprendió. Luego Azul bajó la mano hacia su abdomen, revelando una suave redondez que había quedado oculta bajo la blusa suelta.

—¿Estás *embarazada*? —preguntó Alice, sorprendida. ¡La chica parecía tan joven!

Azul se sonrojó y Río miró a Alice con el ceño fruncido.

Tom buscó la mano de Alice debajo de la mesa y se la apretó.

—¡Felicidades! Los bebés son una bendición. No hemos tenido esa suerte.

La pareja miró a Alice, que de pronto sintió deseos de llorar, pero se aferró a la mano de Tom y se esforzó para distender las comisuras de los labios en lo que esperaba que pareciera una sonrisa.

—¿De cuántos meses estás? —preguntó.

—Tal vez esté de cinco meses —respondió Azul, encogiéndose de hombros.

Alice quería preguntarle si había ido al médico. ¿Cómo podía tomárselo con tanta ligereza? ¿Por qué hacía autostop cuando llevaba una vida frágil dentro de su cuerpo? Pero nada de eso era asunto suyo. Se quedó inmóvil, clavada en su silla.

—Nos casaremos este año —dijo Río, y Azul le sonrió.

—Qué bien —comentó Tom—. Nosotros llevamos dieciséis años de casados. Soy entrenador de fútbol americano en el bachillerato de nuestra zona y Alice era la secretaria. Así nos conocimos.

—¿Fútbol? —preguntó Río, confundido—. ¿De dónde son?

—De Seattle. Hacía años que queríamos conocer este hermoso país.

—Genial —dijo Río, y dio un trago a su refresco.

—¿Dónde están acampando? —preguntó Tom.

—No tenemos tienda, así que dormimos en la playa —respondió él.

—¿No tuvieron frío?

Río negó con la cabeza.

—Encendimos una fogata.

Tom estaba a punto de decir algo más cuando el aire se llenó de estruendo: un grupo de motociclistas pasó rugiendo junto a ellos. Las motos eran bajas, con manubrios altos. El último de los hombres les lanzó una mirada desafiante al pasar. Tenía el pelo rojizo y grasiento, una barba descuidada que se agitaba con el viento y el pecho desnudo bajo el chaleco de cuero. Su mirada se posó un instante sobre Alice y Azul. Los motociclistas tomaron el camino que llevaba a los sitios de acampe junto al río y el rugir de los motores fue apagándose poco a poco.

Tom se volvió hacia la joven pareja.

—Esta noche va a haber ruido junto al río.

Azul miró a su novio con preocupación. Él quiso sonreír para tranquilizarla, pero Alice notó que se le habían tensado los hombros y los brazos.

—¿Por qué no cenan con nosotros? —propuso Tom.

Esta vez fue Alice quien se puso tensa. No quería sentarse frente a una mujer embarazada. Una *adolescente* embarazada, que seguramente había concebido en el asiento trasero de un coche. Se reprendió por pensar así; sintió el sabor de la amargura en la boca.

Río se irguió en la silla.

—Tenemos comida.

—Ahórrense el trabajo —dijo Tom, mientras se dirigía a la parrilla—. Nada se compara con un buen filete a las brasas.

Río y Azul intercambiaron una mirada.

—De acuerdo. Gracias —respondió él.

—¡Perfecto! —exclamó Alice, poniéndose de pie con una sonrisa forzada—: Prepararé una ensalada.

Caminó con paso rápido hacia la casa rodante, donde se enjuagó la cara, se arregló el cabello y respiró hondo un par de veces. Después se puso a picar verduras y desgranar maíz con energía, hasta que logró controlar sus emociones.

Cenaron bajo los últimos rayos del sol, conversando sobre

los Juegos Olímpicos. Alice contó que había hecho fila durante horas para conseguir el programa de eventos y el formulario para pedir las entradas, y que luego, para planear el viaje, habían tenido que esperar semanas para saber qué competencias les habían asignado.

—La reina Isabel estará en la ceremonia inaugural —dijo Tom—. Va a ser todo un espectáculo.

—¿Van directo a Montreal? —preguntó Río.

—No, queremos pasar algo de tiempo en el Parque Nacional Banff, y luego visitaremos Calgary, Saskatchewan y Manitoba. Cuando llegemos a Ontario, alquilaremos una canoa para explorar los lagos. Alice quiere escuchar el canto de los somormujos. —Tom miró a su mujer con una sonrisa.

—Y no olvides los abedules ni la visita a una auténtica granja de producción de jarabe de arce —agregó ella.

Tom volvió la vista hacia Río y Azul.

—¿Tienen alguna recomendación?

—Nunca hemos ido más allá de Vancouver —respondió Río, encogiéndose de hombros.

—Gracias por la cena —dijo Azul, limpiándose los dedos llenos de mantequilla con una servilleta, antes de secarse los labios—. Estuvo deliciosa.

—Me alegro de que la hayan disfrutado. —Alice se puso de pie y empezó a recoger los platos—. ¿Alguien quiere postre? Tenemos melón.

—Gracias, pero deberíamos irnos —dijo Río—. Debemos encontrar un sitio donde dormir.

—Podrían quedarse aquí. Tenemos una tienda y con esos motociclistas acampando cerca del río, tal vez no sea un sitio muy seguro para... —La mirada de Tom se posó en Azul.

Alice se concentró en los platos sucios que estaba recogiendo y no miró a Tom.

—Quizá tengan razón, amor —dijo Azul con voz nerviosa. Al ver que Río no respondía, Alice levantó la vista. Lo vio

mirándolos a Tom y a ella alternativamente. Se preguntó por qué dudaba. ¿Se habría dado cuenta de que estaba molesta?

—Estarán más cómodos —insistió Tom.

—De acuerdo. Si no les molesta...

—Entonces, todo decidido. —Alice llevó los platos a la casa rodante.

Tom y Alice yacían juntos en la cama. Habían jugado varias partidas de Uno con la pareja de jóvenes a la luz de la linterna. Azul nunca había jugado, pero aprendió rápido, aunque no parecía capaz de gritar “¡Uno!” como los demás; lo decía en voz baja, casi como disculpándose. Río, en cambio, no tenía ningún problema en apoyar las cartas sobre la mesa con ímpetu. Durante la velada, Azul había revelado que tenía diecinueve años y Río, veintidós, pero a Alice le parecía que ella era más joven. Más inocente. Alice había preparado palomitas de maíz en el fuego y Azul casi saltó de su asiento cuando los granos empezaron a reventar. Luego se quedó mirando, fascinada, mientras el papel de aluminio se inflaba hasta formar una cúpula plateada.

—¿Te creíste la historia de que solo están viajando? —preguntó Alice.

—Sí, claro —respondió Tom, acomodando la almohada—. ¿Tú no?

—No parecen preparados. Tal vez huyeron de casa.

En la oscuridad, un leve encogimiento de hombros, el roce de las sábanas.

—No parecen menores de edad.

—Es evidente que esos nombres son inventados.

—No es un delito. Solo están pasándola bien. —Alice notó la admiración en su voz y sintió una punzada de culpa. Tal vez por eso él quería pasar tiempo con ellos. Hacían que volviera a sentirse joven. Para ella había sido todo lo contrario: treinta y seis años de golpe se habían sentido como cuarenta y seis.

—Casi no hablaron de sí mismos.

—No parecían haberla tenido fácil en sus casas. No creo que haya motivos para preocuparse. —Tom le acarició el brazo—. Trata de descansar.

Su respiración se tornó más profunda a medida que empezó a relajarse. Alice quería girarse hacia él, apoyar la mejilla en su brazo, pero sentía cansancio en los huesos y pesadez en el corazón.

Antes encontraba consuelo en la solidez de Tom. No era un hombre alto, pero sí robusto, de hombros anchos y piernas fuertes. Tenía el cabello negro, grueso, peinado hacia atrás, y las patillas bien recortadas. Le gustaban la comida y la cerveza, y divertirse con amigos. Disfrutaba recibiendo visitas y todos los años organizaba fiestas para el Super Bowl. Más de una vez, alguien lo había descrito como un “gigante amable”. Ella estaba de acuerdo, aunque le envidiaba la facilidad que tenía para desentenderse de los problemas, la rapidez con que tomaba decisiones sin atormentarse por cada detalle.

Dieciséis años. Era mucho tiempo, y aun así, la parte física de su matrimonio nunca había sido un problema. Hasta el año pasado. Se abrió una grieta que se fue ensanchando poco a poco hasta convertirse en un gran hueco de silencio entre ellos. Al principio, él hacía pequeños intentos: le tomaba la mano, rodaba hacia ella en la cama, le ponía una mano sobre la cadera, le besaba el cuello. Pero ella no podía evitar que su cuerpo se tensara; por más que se esforzara, no sentía nada, por lo que, con el tiempo, él dejó de intentarlo.

Desde afuera, filtrándose por las paredes de la casa rodante, llegaba el ruido de música amortiguada, risas fuertes, gritos. El grupo junto al río. Cuando Tom había dicho que quería traer la vieja pistola de su padre, ella se inquietó, pero ahora la tranquilizaba contar con esa protección. Él roncaba suavemente a su lado. Pensó en la pareja en la tienda. ¿Estarían dormidos? Mañana se mostraría más alegre. Les prepararía el

desayuno. Sin darse cuenta, se pasó las manos por el vientre, ahora plano, e inmediatamente las apartó, como si se hubiera quemado.

Esa noche soñó que le colocaban en brazos un pequeño cuerpo sin vida, envuelto con esmero en su mantita azul de lana, tan ajustada que no alcanzaba a verle el rostro. Luego, el ataúd de cedro descendía hacia el sepulcro. Caía tierra sobre él. Ella escarbaba y escarbaba con las manos, pero no podía traerlo de vuelta.